

Reproducción

Tomo II, No. 30 - 25 de Junio de 1920

H
056
R4257rep
C.R.

Director:

Elias Jiménez Rojas
San José, Costa Rica
Apartado 230

SUMARIO:

1. *Continuación del discurso de Juan Bautista Dumas en el acto de recepción de Taine en la Academia Francesa, hace 40 años.*
2. *Notas de Elias Jiménez Rojas.*

Administrador:

Manuel Gutiérrez González
La Dolorosa

Imprenta Falcó & Borrásé



Discurso

de J. B. Dumas, dirigiéndose a Caine

Vuestra musa es la filosofía; presente o ausente, ella da un tinte personal a todas vuestras composiciones. Habláis su lengua familiarmente, como amigo íntimo, pero también como intérprete fiel. Dais a sus fórmulas más abstractas suaves contornos, y si alguno de nuestros dramáticos pensara poner en escena las nuevas teorías filosóficas, como Molière trasladó al teatro, con tanta gracia como exactitud, las viejas doctrinas de la antigua escuela, sería en vuestros escritos donde leería las definiciones, traducidas en esa prosa algo cortada pero clara que conviene a los hombres de mundo.

Para vos desaparecen las dificultades cuando tratáis de apreciar el talento y

definir la parte que tocó a cada uno de los maestros que, hace medio siglo, con diversos temperamentos, presidieron como directores la enseñanza de la filosofía francesa. De vuestras lecciones no puede decirse lo que el más ingenioso de nuestros predecesores había podido declarar: «En mis mocedades aprendí filosofía, y desde entonces empecé a no entender de ella ni una sola palabra!» Vuestro análisis claro y preciso da luz a las manchas oscuras que se ven a través de los esplendores de Laromiguière, disipa las nubes de Maine de Biran, viene a ser simpático enfrente de Jouffroy, y se levanta burlador en el instante en que juzga el eclecticismo. Puede desconfiar de vuestro modo de ver, no estar del todo por vuestras consecuencias, pero se hará justicia siempre a vuestra crítica, que nos lleva tras sí, y a vuestras leales convicciones.

No tenía gran fondo de doctrina Laromiguière, pero en cambio ¡qué maestro tan agradable! «Tenía tales encantos su conversación, ¡écis, que era imposible no quedar como hechizado al oirlo,

y sus lecciones eran una conversación. Era comedido en sus ademanes, de voz suave y acompasada, y en tanto que sus ojos brillaban alumbrados con la luz de la inteligencia, su boca riante y a ratos burlona, daba nuevo realce, por su gracia, al natural influjo de la verdad. El era en su filosofía como el hombre de bien en su sala, que recibe a los visitantes con urbanidad y gusto exquisitos». Yo afirmo que este retrato nada tiene de exagerado, nos da a conocer al profesor de filosofía francesa en esos tiempos tal como nos agradecería verlo hoy en la Sorbona y en el colegio de Francia, en donde aún no se han perdido sus tradiciones, y tal como vos le habríais continuado (el selecto auditorio que nos rodea está pronto a confirmar mi dicho) si se os hubiese reservado la cátedra pública.

Maine de Biran tenía más fuerza, pero era tan tenebroso que no es esta buena ocasión para citar algunas de sus sentencias, y es de sentirse, porque vos, señor, rayáis con el verdadero estilo cómico, cuando sin dejar de ser filósofo

exacto ponéis en paralelo sus largos períodos triplemente nebulosos y las cortas traducciones, tan claras como verdaderas, que nos dais de ellos. Humboldt, de quien hace poco hacíais agradable bosquejo, y que escribía sus obras predilectas en francés, pretendía que sus compatriotas tenían dos modos de ser claros: el claro y el claro oscuro. Del primero no se valen nunca y del segundo siempre, añadía con su acostumbrada maliciosa sencillez. Maine de Biran pertenecía a esa escuela, y si no hubiera existido el claro-oscuro, él lo habría inventado.

El eclecticismo no os fascina, y consideráis a M. Cousin como un modelo raro, cuyo estilo era más propio para discutir verdades llanas, que para explicar las elevadas especulaciones metafísicas. Decís que «esas verdades son las únicas que son populares; las únicas que pueden decirse en bello lenguaje; las únicas que abren amplio campo al orador, porque con la obligación de vencer le imponen la de conmover y agradar. En ese género M. Cousin es maestro, y ha,

escrito una página extensa y grave, tal, que sin ser una copia, parece sin embargo, ser del siglo diez y siete, y que puede leerse diez veces sin desmerecer a nuestros ojos de su belleza, dándonos una idea de la perfección». Citáis esa página maravillosa en que se trata de la razón natural, y yo en esto no os imitaré. Después de haberla leído aquí, hay que callar. Los que la conocen por haberla oído recitar, a lo menos ahora, no serán de vuestro parecer, porque ella es una prueba de que M. Cousin era tan grande escritor como egregio metafísico.

Vuestro favorito entre los filósofos franceses es Condillac, pero os acercáis con respeto a Royer Collard, como si oyerais salir de su boca en acentos penetrantes esta sentencia que él juzgaba ser verdad en todo tiempo y lugar: «La moral pública y privada, el orden social y el bienestar individual están comprendidos en la contienda de la verdadera con la falsa filosofía. No lidia en ninguno de los dos bandos el escepticismo; cuando éste se apodera del entendimiento, se enseñorea de él completa-

escrito una página extensa y grave, tal, que sin ser una copia, parece sin embargo, ser del siglo diez y siete, y que puede leerse diez veces sin desmerecer a nuestros ojos de su belleza, dándonos una idea de la perfección». Citáis esa página maravillosa en que se trata de la razón natural, y yo en esto no os imitaré. Después de haberla leído aquí, hay que callar. Los que la conocen por haberla oído recitar, a lo menos ahora, no serán de vuestro parecer, porque ella es una prueba de que M. Cousin era tan grande escritor como egregio metafísico.

Vuestro favorito entre los filósofos franceses es Condillac, pero os acercáis con respeto a Royer Collard, como si oyerais salir de su boca en acentos penetrantes esta sentencia que él juzgaba ser verdad en todo tiempo y lugar: «La moral pública y privada, el orden social y el bienestar individual están comprendidos en la contienda de la verdadera con la falsa filosofía. No lidia en ninguno de los dos bandos el escepticismo; cuando éste se apodera del entendimiento, se enseñoera de él completa-

mente. No declamo.» Al decir, como decís, y os congratulo por ello, que el escepticismo está hoy gastado, ¿no sois de la opinión de aquel gran moralista?

Vos asimiláis el taller filosófico de Alemania a una hornaza humosa, en la cual las ideas humanas abstractas, después de haber pasado por el fuego y hervido derretidas, no dejan por residuo en la fábrica sino escorias inútiles y un metal infundible. ¡Recurso es este bien escaso para emprender la dirección moral de nuestra flaca naturaleza! El taller filosófico de Inglaterra toma de las ciencias exactas sus materiales (1); excluye todo lo demás, excepto lo que se avenga bien con los argumentos que emplea para justificar su moral utilitaria. ¡Cimiento deleznable para el Derecho, la Justicia y

(1) Y en ello hizo bien el taller filosófico inglés. No de otro modo puede procederse de lo concreto a lo abstracto. La solidaridad fisiológica es la madre de todas las otras solidaridades, y lo que se llama VERDAD en el laboratorio de ciencias exactas no difiere de lo que se llama JUSTICIA en el campo de las ciencias morales. El error de algunos de los filósofos ingleses y particularmente de los benthamistas, estuvo en no excluir por parejo *todo lo demás*.

el Deber! En el taller filosófico de Francia hay una escuela abiertamente espiritualista, llena de ciencia, de tolerancia y moderación, cuyos representantes más conspicuos hacen parte del Instituto para honra de éste, y entre los cuales, vos, señor, vais a tomar asiento; la cual, llena de confianza, sigue *la senda que nos conduce de lo concreto a lo abstracto, de la sensación a la conciencia, de la ley del deber a la Providencia*: CONDUCTA PRUDENTE, Y LA ÚNICA QUE CONVIENE A SERES COMO NOSOTROS, TAN POCO CONOCEDORES DE LAS CAUSAS RADICALES DE TODAS LAS COSAS.

Mucho tiempo há sabemos que la filosofía no teme los extremos, pero hoy se pretende que el pensamiento no es más que una secreción del cerebro, un producto químico (1). La química, empero,

(1) Sorprende dolorosamente oír hablar así a un químico contemporáneo de Claudio Bernard. ¿Qué fisiólogo de nombre podía pretender ya en tiempo de Dumas que el pensamiento fuera un *producto químico* o secreción del cerebro? Lo que se sostenía entonces es precisamente lo que hoy nadie rehusa repetir: que el pensamiento es una *función* orgánica, dando al término *función* su sentido científico; lo cual equivale a reconocer «el vínculo que

conoce sus límites y no es ella la que pretende ensancharlos. Pudo en otro tiempo el misticismo dominante romper el vínculo que liga el pensamiento con los órganos que son su asiento. ¡Exageración! Vos habéis cuidado de analizar, sin hacer separación, lo que compete a la inteligencia directora y aquello que corresponde al cuerpo que es su instrumento. Vuestras consecuencias, resultado de una larga investigación científica sobre la personalidad humana, que termina por asignar la causa de ésta y la

liga el pensamiento con los órganos que son su asiento». Y a ello se limitan los más grandes filósofos positivistas, de Taine para acá, sin que su PRUDENTE CONDUCTA baste a impedir que se les tilde de materialistas o de agnósticos, como si fuera dado hablar de materialismo o de espiritua- lismo cuando se está en un terreno que no es el de la metafísica, o como si fuera justo llamar agnóstico al que no fija límites al conocimiento, sino que se ciñe a reconocer los de su personal igno- rancia.

Conviene también recordar aquí, a modo de réplica anticipada a otra parte del discurso, que el buen funcionamiento de un órgano (cerebro, músculo, etc.) depende mucho menos de la forma, tamaño y estructura anatómica de este órgano que del *estado químico* de sus elementos fisiológicos. Pope, endeble y contrahecho en apariencia, podía muy bien poseer un cerebro privilegiado, etc.

del Universo, difieren poco de las que deducen las criaturas más humildes, que, sin estudio ninguno, les dan como base fundamental axiomas como los de Dios y del alma, que no admiten ni necesitan demostración y están en el fondo de nuestros corazones. Estos modestos discípulos de la fe del carbonero que, como decía uno de nuestros geómetras, tratan de irse al cielo por una perpendicular, ¿no es verdad que tienen razón?

Esos dos axiomas, para ellos único punto de partida, ¿no traen consigo la noción de la libertad moral, del deber, de la justicia y de la responsabilidad, que en vano se intentarían deducir de teorías basadas en el egoísmo? Creado para vivir en sociedad con los suyos, el hombre, al cual se cree lisonjear diciéndole que es un animal que inventa herramientas, pero a quien Goethe apellidaba un animal religioso, ¿no está predestinado a tener un sentimiento profundo de lo que llamamos, en su sentido más amplio, lo divino? Si nuestros antepasados volvían el rostro hacia el firmamento, cuya inmensidad les era desconocida, los últimos

de nuestros hijos, después de haber sondeado sus misterios accesibles, ¿no levantarán a su vez las cabezas para contemplar ese cielo estrellado como a una patria que se halla de nuevo?

Cuando filósofos, seguramente mal inspirados, consideran el derecho, la justicia, la virtud, la caridad, la adhesión a la patria, como otros tantos sentimientos facticios producidos por los hábitos inherentes a las colectividades humanas, por el interés de prevenir las discordias y de poner a salvo la sociedad, vos, señor, queréis como nosotros, sin vacilación, apartar esas tesis de los ojos de la juventud. No están para vos en la misma línea lo falso, lo feo y el mal, con lo verdadero, lo bello y el bien; y vuestro elevado entendimiento ve en esos términos no solamente expresiones relativas a las conformaciones anatómicas de los cerebros, que varían según sea lo que se herede o la educación que se reciba, sino expresiones absolutas de acuerdo con la razón universal. (1)

(1) Así, pues, el positivismo de Taine, que es el

Mucho, mucho tiempo he gastado en hablar de filosofía, pero ¿qué queréis? Hay filosofía en todas vuestras obras: unas veces ella es el fondo del tejido, es la trama; en otras se insinúa suavemente, y en ocasiones brilla de improviso, ya en una frase, ya en una palabra, y da luz inesperada a todo el conjunto. Trátese de Tito Livio, de Italia, de Bellas Artes, de los Pirineos, de las costumbres de Inglaterra, de vuestras propias impresiones o las de M. Grain d' Orge, siempre vibra dentro de vos la cuerda filosófica, y la filosofía las más de las veces se adueña de vuestra pluma. Ni abandonáis vuestras doctrinas del medio en que se vive, ni vuestros estudios filosóficos cuando llegamos a vuestra *Historia de la literatura inglesa*, que dió nuevo realce a vuestra ya adquirida reputación. (2)

Vais hasta el origen de la lengua sa-

de la escuela científica francesa de la segunda mitad del siglo pasado, merece el aplauso de un espiritua-
lista como Dumas.

(2) Esa *Historia de la literatura inglesa*, aunque escrita por un francés, ha sido apreciada en Inglaterra como la mejor en su género: «lo cual dice mucho en elogio de Taine».

jona, desenmarañáis con paciente sagacidad los efectos de la invasión normanda y los resultados de la mezcla de los dos idiomas, y traéis al lector hasta los tiempos presentes. No habéis seguido en esto ni a Villemain, cuyas frases sabias y cadenciosas nos recuerdan sus lecciones en la Sorbona, ni a M. Nisard, cuya exposición rápida, de gusto correctísimo, deja en el lector de su HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA la grata impresión que se siente cuando se traba intimidad con el buen sentido iluminado por el ingenio. Del EDDA y de los primeros poemas paganos, pasáis a las primeras poesías cristianas; de la intervención del espíritu francés, al renacimiento del espíritu sajón, para representarnos la literatura inglesa como fruto natural del país, de la raza y de la época. No siempre estas circunstancias, tan bien caracterizadas por M. Guizot, fueron desatendidas por vuestros predecesores; pero vos nos habéis enseñado a consagrarles atención más seria.—¿Le dais a la libertad humana la parte suficiente que le corresponde? Han sido necesarias algunas re-

servas en este punto, las cuales no han sido para vos indiferentes; y con estas restricciones, ¿con qué satisfacción no se ocurrirá a la fuente de informes precisos, de juicios sanos que nos ofrece vuestra HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA? Con tacto seguro dais con el genio propio de todo escritor: poeta, autor dramático, historiador, economista o novelador, y habláis de cada uno de ellos en el lenguaje propio, levantado o técnico, como verdadero iniciado. La doctrina que adhiere el hombre físico a su obra intelectual os lleva a deducir consecuencias que debieran desecharse, en parte a lo menos, en cuanto pudieran servir a autorizar cierto sistema de crítica, y aun histórico, demasiado favorable a las improvisaciones modernas. Hay uno entre los escritores célebres de Inglaterra, Pope, que tomó sus modelos de nuestra literatura y compitió con la misma claridad francesa, a quien hubiéramos querido ver juzgado más favorablemente por uno de los literatos de nuestra patria. Hacéis saber a vuestros lectores que Pope era pequeño, calvo, contrahecho, joro-

bado, un verdadero monstruo; que por la mañana salía de la cama como un niño, se calzaba tres pares de medias para dar forma humana a sus largas y delgadas piernas, y se ponía cotilla para poder sostener su cuerpo. Añadís que comía mucho, que tenía todos los apetitos y todos los caprichos de un niño viejo, de un viejo enfermo, de un autor viejo, y de un soltero viejo. Retrato bien triste, pero que demuestra en todo caso que el espíritu domina aun a la naturaleza más rebelde; retrato exagerado, sin duda, por la malicia de los contemporáneos, que nos complacemos en echar en olvido, cuando pensamos que a los diez y seis años Pope daba al público sus *Pastorales*, poesías de rara perfección, que terminaba su laboriosa carrera con su *Ensayo sobre el hombre*, en que él caracteriza a este sér, como la gloria, el juguete y el enigma del mundo.

Pope era clásico a lo Boileau, pero no era enemigo del *realismo*; eso sí, aconsejaba que se escogiera entre las realidades. «Leed y releed a Homero, decía él. Momentos hubo en que Vir-

bado, un verdadero monstruo; que por la mañana salía de la cama como un niño, se calzaba tres pares de medias para dar forma humana a sus largas y delgadas piernas, y se ponía cotilla para poder sostener su cuerpo. Añadís que comía mucho, que tenía todos los apetitos y todos los caprichos de un niño viejo, de un viejo enfermo, de un autor viejo, y de un soltero viejo. Retrato bien triste, pero que demuestra en todo caso que el espíritu domina aun a la naturaleza más rebelde; retrato exagerado, sin duda, por la malicia de los contemporáneos, que nos complacemos en echar en olvido, cuando pensamos que a los diez y seis años Pope daba al público sus *Pastorales*, poesías de rara perfección, que terminaba su laboriosa carrera con su *Ensayo sobre el hombre*, en que él caracteriza a este sér, como la gloria, el juguete y el enigma del mundo.

Pope era clásico a lo Boileau, pero no era enemigo del *realismo*; eso sí, aconsejaba que se escogiera entre las realidades. «Leed y releed a Homero, decía él. Momentos hubo en que Vir-

gilio, joven aún, cuando ya pensaba en la obra inmortal que debía sobrevivir a la misma Roma, desdeñaba tomar otros modelos que no fuesen los que le ofrecía la naturaleza; pero todo bien pensado, vió que *Homero y la naturaleza venían a ser idénticos.*» Los imitadores de Homero han podido decir mil simplezas, pero los fanáticos de la escuela naturalista, al invertir los términos, al posponer la parte moral a la física, ¿pretenderán acaso que para apreciar la obra de un hombre es necesario conocer su biografía en sus más íntimos pormenores; saber si nació en un suelo calcáreo o de granito; si él o sus antepasados bebieron buenos vinos, cidra o cerveza; si comieron carnes, peces o legumbres; y sostendrán, en fin, que hay que ir hasta escudriñar los secretos más tristes de su vida? ¿No se acabaría así por dejar a un lado la crítica sensata y el método científico, para dar campo a las exigencias de una literatura fútil y de una vil curiosidad?

¿Cómo puede ser eso? Tenemos aquí una obra admirable; ¿será preciso con-

traponer siempre al bello ideal a que ella nos transporta, el recuerdo ingrato de las miserias materiales y debilidades vulgares de que padeció el autor? ¿Sería más sabroso el pan que se sirve en nuestras mesas si a cada bocado se nos dijera: sabéis que el trigo de que esto está amasado nació en el estiércol? Nos gusta comer pan, sin cuidarnos de dónde toma el trigo sus jugos: ¿la luz del sol al dorar sus espigas no lo ha purificado con el brillo de sus rayos? Nos place leer las buenas obras de poesía, de elocuencia y bellas artes, y las leeríamos, aun cuando no supiéramos que los autores estaban revestidos de carne mortal como los demás hombres. Nadie en antes vió al Nilo escaso de aguas ni adivinó sus fuentes, y hoy, en fin, a los ojos del geógrafo ellas son (bien puede ser) pantanosas; pero no por esto despreciamos al Nilo, y deseamos que para el poeta conserve toda su majestad ese divino y gran río, que desde la más remota antigüedad da cada año vida y fertilidad a las llanuras del Egipto!

Pueden el médico y el naturalista de

cir al hombre físico que sus nervios son instrumentos de dolor y que su cuerpo es polvo: ellos tienen derecho de hacer ese recuerdo: pero la filosofía y la elocuencia deben echar un velo de púrpura y oro para cubrir las partes más bajas de la vida humana, porque la filosofía y la elocuencia tienen la misión de fortificar los corazones y pregonar la inmortalidad de las almas!

¿Y no es ése el punto de vista en que vos, con tanta gracia y delicadeza, tratáis de que veamos a Tennysson como al poeta más grande de su tiempo; aunque no es estimado así generalmente en su patria; sublimado hasta las nubes por sus adoradores que no han temido sobreponerlo a Byron y parangonarlo con Shakespeare? Decís que «sin ser pedante, Tennysson habla de Dios y del alma noblemente y con ternura; que no es un hombre ensañado contra la sociedad y la vida, y hay gusto en leer sus descripciones de la vida campestre y las de sus ricos paisajes. Las damas quedan hechizadas con sus retratos de mujeres. ¿No es él quien los ha hecho

tan exquisitos y tan puros? ¿No es él quien ha pintado un rubor tan delicado en sus hermosas mejillas? ¿Y no es él el que tan bien ha definido la expresión voluble, ya altiva, ya cándida, de sus ojos? Ellas lo aman porque conocen que él las ama, y además saben que por su nobleza las honra hasta ponerse al nivel de su pureza». Nadie podría decir una cosa mejor.

Mucho tiempo pasará antes que Tennyson, por la amena templanza de sus pensamientos, deje de ser en Inglaterra el poeta del hogar doméstico. Nada por el contrario, envejece tan pronto como esas obras hijas al parecer de la imaginación de un febricitante, que los hombres de buen sentido miran con tristeza y rechazan con desdén. (1)

Nadie recordaría hoy, a no ser porque

(1) Nada envejece tan pronto como esas obras hijas al parecer de la imaginación de un febricitante, que los hombres de buen sentido miran con tristeza y rechazan con desdén.

¡Retengan los jóvenes estas palabras! ¡Sean tan espiritualistas como gusten o como necesiten, pero séanlo sanamente, virilmente, a la Dumas o a la Pasteur!

vos tratáis de ellas, las sátiras poéticas del autor de GULLIVER. Este, como Rousseau, salió de su estado corroído de envidia, inflado de soberbia; pero al menos Rousseau dotaba al hombre salvaje con toda especie de virtudes, suponiendo que la civilización le había degradado; y Swift considera al hombre como un sér malévolo por naturaleza, que ha empeorado con la cultura social. En sus versos siniestros, que más de uno de nuestros contemporáneos, a lo que parece, ha tomado por dechado, lo bello se torna en horroroso, la grandeza en pequeñez, los nobles sentimientos en especulaciones villanas. Dominado por la manía frenética de destruir, en vez de ocultar lo que es realmente abyecto, lo descubre a nuestros ojos, y en vez de fomentar nuestras ilusiones, se empeña en disiparlas todas. Si quiere pintar la aurora, no va a verla a las llanuras de Inglaterra cubiertas de ondeantes espigas de trigo, o a los prados cubiertos de verde grama, ni va a las montañas y lagos de Escocia, cuyas cimas se colorean y cuyos vapores se levantan con los primeros rayos del

sol naciente; ni va tampoco a las islas encantadas de Grecia, donde la diosa de los dedos de rosa vierte lágrimas y hace brotar flores odoríferas. Nada de eso: él se queda en Londres para ver la aurora tal como pudiéramos contemplarla en París al salir de un baile prolongado. Nos recordáis los irritantes versos en que Swift nos pinta a los barrenderos en las calles, a los corchetes en acecho, y el movimiento y gritos de las plazas de mercado. ¿No suele además, si llueve, brindarnos el espectáculo de arroyos que salen de madre, de gatos muertos, de hojas de berza, de peces podridos, confusamente mezclados entre el fango? La poesía así no sólo se arrastra hasta el lodazal sino hasta el estercolero. ¡Estamos muy apartados de Homero, pero, ¡ay!, muy cerca de nuestros tiempos! EL NATURALISMO desatentado que no inquiere, como Hamlet, del sepulturero, el secreto de la vida, sino que va a buscarlo en el albañal; el acento fúnebre que nos revela el odio de Swift contra toda noble verdad, contra toda belleza, se derraman por sus obras como espuma llena de hiel.

Con todas esas dotes él no logró hacer fortuna, y al fin enloqueció. Estas circunstancias pueden servirle de excusa por haber escrito, hace más de un siglo, poesías que parecen de ayer, sobre las cuales, a pesar del genio del autor, el tiempo justiciero ha echado un tupido velo que sólo la erudición levanta algunas veces, y eso no sin repugnancia.

¿Han sido bien apreciadas las influencias de lo que llamamos el MEDIO, de la raza y de la época, cuando se ha tratado del origen y desarrollo de la Revolución francesa? Vos dudáis de que se haya hecho esa debida apreciación, y os resolvisteis a comenzar la historia de ese grande acontecimiento.

.....

No habéis querido vos, señor, ser, como M. Thiers, el pintor algo indulgente de las faltas y admirador un sí es no es parcial de los que triunfan; pero tampoco habéis tratado como M. Mignet de exponer como teórico la fórmula profunda a la cual, ya va para un siglo, parece estar sometida Francia.

Os limitáis, sin tomar partido, a re-

producir la fotografía sincera del estado de nuestro país antes y durante la Revolución. Compulsados por vos con pasión los archivos nacionales, habéis tenido a la vista multitud de documentos que nos traen de nuevo a la memoria la triste realidad de las incoherencias, de las debilidades y vicios de las clases directoras, que vinieron a ser la causa de la caída del antiguo régimen; y esos mismos documentos vuelven a darnos el cuadro de las pasiones, de la ceguedad y de las iras populares que hicieron cometer sinnúmero de atrocidades a la ebria multitud en el período revolucionario. No es muy común que la fotografía hermosee sus modelos. Vistos por un lente, el antiguo régimen, que cae al peso de sus propias faltas, y la Revolución que se degüella con sus propias manos, no nos ofrecen, verdad sea dicha, un espectáculo muy halagüeño. Volvemos los ojos con disgusto después de haber leído esas páginas de nuestra historia, y nos preguntamos si el buen sentido y la fortuna de Francia son prendas suficientes para poder

creer en un porvenir más tranquilo,
fundado en la alianza de los corazones
y en el amor desinteresado de la pa-
tria.

(Continuará)



Miscelánea

Una broma de un periódico serio.

V. el *Reedy's Mirror*

LA OBRA «EDUCACIONAL»: PONIENDO UN HUEVO DE GALLINA

En una escuela —de esas que tan poco caso hacen de la instrucción— dijo el Director a los alumnos que jugaran a imitar a los animales, y, para dar ejemplo, se puso él a rebuznar y las maestras a monear, mientras el inspector se paseaba a la chompipe. Pronto los chiquillos estuvieron todos muy OCUPADOS: corrían unos como caballos, gruñían otros como cerdos; los de aquí embestían como toros; los de allá daban vueltas de carnero. En suma, cada muchacho trataba de imitar a algún animal. Solamente uno, llamado Felipe, se estaba muy quieto, en cuclillas, en un rincón. Una de las maestras, la «niña Susanita», no bien alcanza a verlo, acude a decirle: «¿Qué es eso, Pipe, qué hace Ud? ¿Por qué no juega? ¿está enfermo?»

—«¡Pst!, responde Pipe, ¡no me espante! Soy una gallina que está poniendo un huevo.»

Al señor E. R.

Si yo le digo a Ud: «No existen en verdad culpas ni méritos; no hay libre albedrío; lo que se entiende por *voluntad* es una ilusión; Ud. y yo y todos no podemos portarnos diversamente de como nos portamos, en virtud de un determinismo implacable—que con igual razón puede llamarse material o espiritual— y que así permite predecir un eclipse como presentir o profetizar un suceso de cualquier otro género», ¿por qué habría Ud. de considerarse personalmente ofendido?

Pero si le hablo de este otro modo: «Existen ciertamente el libre albedrío, el honor, la responsabilidad. Hay acciones morales y actos físicos fundamentalmente distintos. El carácter de lo moral es la libertad; el de lo físico es el determinismo. Fuera del orden físico, argüir de presentimientos o de post-sentimientos, de pronósticos, de predestinación, de costumbre o de herencia, es caer en el monismo (panteísmo, materialismo, etc.) confundiendo el espíritu con la materia». . . . Y si agregó luego, como quien *se desdice y no se desdice*: «Ud. y yo somos ambos personas de bien; pero con una gran diferencia: yo lo soy conscientemente; Ud., no obstante el haber dado siempre pruebas de *intenso razonamiento*, ha sido bueno automáticamente, por atavismo o por hábitos que le fueron inculcados durante la niñez. ¡Guay de Ud. el día en que

este automatismo no *predomine*, así sea dicho el día de su muerte! Mis principios filosóficos o religiosos son los únicos conducentes al bien. Los principios según los cuales *se imagina Ud.* dirigir su conducta no pueden conducir sino a la picardía». . . . Si, repito, le hablo a Ud. en estos o semejantes términos, citando en mi apoyo hoy a Fulano, mañana a Mengano y a Zutano, dígame, señor, sinceramente, ¿qué sacaría Ud. en limpio de mi jerga? ¿y acabaría o no por sentirse injuriado?

Para cortar relaciones

En un periódico «unionista» que acabo de leer, la mitad, más de la mitad de las páginas está dedicada a la alabanza impía de la intervención política yanqui en la América Central, mientras se discute en las otras páginas acerca de «quién es más bello, si el hombre o la mujer». ¡Digan Uds! ¿Quién no ve sin gran esfuerzo que ahí donde quepa la consideración de sexos —y ella cabe en un sinnúmero de cosas—, siempre ha de parecer a las mujeres más bello el hombre, y a los hombres más bella la mujer?

¡En la redacción de ese periódico hace falta una candela! Han olvidado su nacionalidad y su sexo.

E. J. R.

La República de los Soviets

es el libro de más palpitante interés en estos álgidos momentos de evolución social. Editado por las Ediciones Renovación, que reúnen siempre, a la par de la ilustración mental, la economía, se vende en las librerías a

Un Colón

el ejemplar. Pedidos a Falcó y Borrásé. Pago anticipado. Ya sea Ud. obrero, industrial, agricultor, comerciante o capitalista, cómprelo, y con su lectura comprenderá las razones por qué se ha implantado en Rusia

La República de los Soviets